

UNICORNIO

Augusto Portocarrero Grados
Prólogo de Manuel Lujan Agreda



A mi hijo Gabriel

Índice

- 4** Agradecimientos
- 5** Presentación
- 13** Prólogo
- 15** Introducción
- 17** Primavera
- 21** Verano
- 25** Otoño
- 29** Invierno
- 33** De la noche al amanecer

Agradecimientos

Deseo agradecer a quienes han hecho posible la presente edición digital de *Unicornio*. En primer lugar, quiero reconocer el apoyo de Retama, escuela de haiku, en especial a **Gonzalo Marquina**, su cofundador, por la incorporación del poemario en su página web. A **Dante Bartolo**, viejo amigo y gerente de Versus Trading Peru, la imprenta donde hemos trabajado el poemario. Finalmente, a mi hijo, **Gabriel**, quien, además de acompañarme en el camino, ha tenido a su cargo el cuidado editorial.

Presentacion

Desde hace ya algunos años, el haiku en nuestro idioma viene atravesando un proceso de transformación particularmente fértil. Lo que en un inicio fue, en muchos casos, un intento de apropiación —a veces reverente, a veces rígido— de una forma poética nacida en Japón, se ha ido convirtiendo progresivamente en un campo de experimentación donde distintas sensibilidades, contextos y tradiciones dialogan, se tensan y, en ocasiones, hasta se contradicen. En el Perú y en Latinoamérica, donde este proceso ha ido cobrando una fuerza cada vez más visible, ya no basta con escribir; la pregunta que comienza a imponerse es otra, más incómoda y, por eso mismo, más necesaria: cómo puede seguir floreciendo el haiku aquí, en nuestra lengua, en nuestras geografías, en nuestro tiempo, en nuestras sociedades y nuestras diversas sensibilidades.

Es en ese escenario donde el libro de Augusto Portocarrero adquiere sentido, no como una respuesta —y conviene decirlo desde el inicio—, sino como una exploración. Porque, si algo queda claro desde las primeras páginas, es que esta obra no busca fijar una forma ni demostrar la erudición de su autor, sino más bien ensayar, probar, incluso arriesgarse a equivocarse, lo cual, como en todo campo creativo, no es poca cosa.

Y lo hace desde un lugar, en cierto sentido, aún poco explorado: la relación entre haiku e imagen y, más concretamente, entre haiku y fotografía casera.

Pero no en el sentido más cómodo o habitual —ese en el que la fotografía ilustra el poema o el poema explica la fotografía—, sino en un terreno más inestable, más difícil de sostener, donde ambos lenguajes parecen intentar convivir sin jerarquías claras. Ciertamente, este libro no es el primero en nuestro medio que explora este vínculo, pero sí uno de los pocos que se aproxima de manera sostenida a lo que en japonés se denomina “foto-haiku” (*shahai* 写俳), indagando tanto en sus posibilidades como en sus límites.

En ese sentido, no solo propone una combinación de formatos, sino que introduce una pregunta de problematización particularmente relevante: qué ocurre cuando la imagen, que ya de por sí muestra —sea una fotografía o cualquier otro recurso visual—, se encuentra con un poema cuya fuerza depende, en gran medida, de lo que no dice. ¿Se potencian? ¿Se anulan? ¿Se estorban? ¿Se necesitan? Las respuestas a estas interrogantes, si las hay, no están dadas de antemano.

Y es justamente eso lo que vuelve interesante la obra de Portocarrero: se trata de una exploración que nos impulsa, a su vez, a explorar.

En cuanto a los textos que componen el libro, encontramos haikus sumamente potentes por su efecto sensitivo, el cual se ve reforzado —aunque no siempre de manera predecible— por la fotografía que los acompaña. En “*Olor a jazmín / en la brisa nocturna / olor infantil*”, por ejemplo, la imagen —que uno imagina cercana, casi doméstica— podría bastar para situarnos en una escena concreta. Sin embargo, el haiku introduce un elemento que no pertenece a la fotografía: ese “*olor infantil*” que no está ahí, que no se ve, pero que desplaza nuestra interpretación hacia la memoria, hacia una zona que reorganiza la experiencia de lo visible. Y es en ese punto donde ocurre algo clave: el haiku no repite la imagen, sino que la desborda, superando la mera descripción y abriendo una mayor complejidad de lectura en términos de evocación.

En “*Mar y cielo / se tocan con ternura / al anochecer*” aparece otra operación que conviene mirar con detenimiento. La imagen —ese horizonte donde ambos elementos se confunden— podría sostenerse por sí sola. Sin embargo, el autor introduce la palabra “*ternura*”, y con ello aquella supuesta objetividad del haiku —erigida como canon en buena parte de Iberoamérica— se resquebraja, dando paso a lo subjetivo, a lo emocional, a lo íntimo.

No se trata aquí de un error, sino de una decisión que abre una tensión productiva: la de los límites entre lo que el haiku muestra y lo que, al nombrar, orienta o condiciona.

Hay, además, otro aspecto que conviene destacar. El autor de este poemario es estudiante de Retama Escuela de Haiku, y ello no es un dato menor. Quienes hemos tenido la oportunidad de acompañar de cerca los procesos formativos dentro de este espacio sabemos que el haiku no se concibe allí como una fórmula que deba repetirse, sino como una práctica viva, abierta a la exploración, al error y al descubrimiento. En ese sentido, este libro no aparece como un gesto aislado, sino como el resultado de un proceso sostenido de lectura, escritura y diálogo crítico.

Personalmente, he podido constatar de primera mano el desarrollo de esta propuesta creativa, y es precisamente esa trayectoria —hecha de insistencias, de correcciones, de pequeños giros— la que se hace visible en estas páginas.No estamos ante una obra que surge de la nada, sino ante un momento específico dentro de un recorrido más amplio.

Este libro no me parece un punto de llegada, sino una estación en el desarrollo de la propuesta estética del autor; una importante, sí, pero estación al fin. Lo que aquí se presenta no es una poética cerrada, sino una poética en formación: una que todavía tiene mucho por proponer, por ajustar, por tensar, una búsqueda que seguirá transformándose, virando y revirando en función de la curiosidad y la experimentación. Esta condición abierta no le resta valor a la obra; por el contrario, en mi opinión, la vuelve más honesta y, en cierto modo, más cercana. Nos invita a leer no desde la expectativa de una perfección acabada, sino desde la atención a los gestos, a los intentos, a las decisiones que configuran una voz en construcción. Y esto no es sinónimo de carencia, de ninguna manera, sino de apertura. Porque lo contrario —la ilusión de una forma ya resuelta— suele ser, en el haiku, el inicio del estancamiento.

En este sentido, el libro dialoga también con una idea que ha ido ganando fuerza en diversos espacios dedicados al haiku en nuestra región: la necesidad de desmarcarse de ciertas ortodoxias que, en nombre de la fidelidad a la tradición, terminan por empobrecer las posibilidades expresivas del género.

Lejos de asumir el haiku como una estructura rígida o como un conjunto de reglas inamovibles, Augusto Portocarrero se acerca a él como un campo de experimentación donde lo esencial no es la reproducción de un modelo, sino la intensidad de la experiencia que se logra transmitir.

Finalmente, cabe señalar que la incorporación de la fotografía —y, más específicamente, de la fotografía casera— constituye una apuesta particularmente significativa, en la medida en que introduce un elemento profundamente contemporáneo y cotidiano: la mirada mediada por dispositivos que forman parte de nuestra vida diaria.

En lugar de buscar imágenes extraordinarias o cuidadosamente elaboradas, el libro se inclina por escenas aparentemente simples, cercanas, incluso domésticas. Y es precisamente en esa cercanía donde el haiku encuentra un terreno fértil para desplegar su capacidad de sugerencia. No hay aquí una búsqueda de lo extraordinario, sino de aquello que, por estar tan cerca, dejamos de ver.

Lejos de ofrecer respuestas concluyentes, este libro nos invita a observar con mayor atención las distintas cuestiones que emergen de su lectura: ¿hasta qué punto la imagen potencia el haiku? ¿En qué momento lo limita? ¿Cuándo se produce un verdadero diálogo y cuándo, en cambio, una redundancia? ¿Es posible que la fotografía, en su inmediatez, interfiera con el espacio de evocación que el haiku necesita? ¿O puede, por el contrario, abrir nuevas formas de sensibilidad y de lectura? Estas preguntas no se formulan de manera explícita en cada página, pero atraviesan el conjunto como una corriente subterránea. Y es justamente esa dimensión reflexiva —discreta, pero persistente— la que convierte el trabajo de Augusto Portocarrero en una propuesta particularmente sugerente y valiosa.

La obra de Portocarrero se suma, así, a un conjunto cada vez más amplio de propuestas que, desde el Perú y Latinoamérica, vienen desplazando el eje del haiku de la imitación a la exploración, de la forma al proceso, de la seguridad a la pregunta. Leerla implica, entonces, aceptar cierta incomodidad: no todo encaja, no todo se resuelve. Pero quizá esa sea, precisamente, su mayor virtud. No hay certezas en estas páginas, sino una invitación a seguir mirando, a seguir dudando, a seguir escribiendo. Y en el haiku —cuando vale la pena— eso siempre es un buen comienzo.

Gonzalo Marquina Arcos

Prólogo

Cuando se piensa en las Cuatro Estaciones, así, en mayúsculas, lo primero que viene a la memoria es Antonio Vivaldi con sus preciosas melodías barrocas. Sería muy raro que pensemos en las estaciones del año y recitemos un haiku.

Yosa Buson, uno de los grandes maestros del haiku, junto con Basho, solía abrir el año nuevo escribiendo el primer haiku del año en su casa, en compañía de amigos comiendo y bebiendo, con el brasero calentando el ambiente y si el día era soleado, deslizando los shoji, esas sugerentes mamparas típicas del diseño japonés, para contemplar la primavera que volvía a emerger.

El haiku es un poema de la naturaleza, de las estaciones, que en nuestras latitudes ocurren en tiempos y escenarios diferentes a los del hemisferio donde se originó. Las evocaciones que produce son también especiales y diferentes por la presencia del inmenso mar que

desprevenidamente nos acompaña, los colores de los atardeceres que son los mismos que nuestros hombres y mujeres antiguos también contemplaron, el tono del plumaje de nuestras avecillas, los árboles, las mariposas...

Enlazar imágenes y experiencias de aquí y ahora con el rigor poético de un haiku es una exigencia y una necesidad que Augusto Portocarrero siente y nos presenta en este poemario que, para los que lo conocemos, podría ser un tanto sorprendente, porque lo suponemos tan economista, tan funcionario, tan político, tan... tan... tan... qué se yo.

Ahora, cuando evoquemos las cuatro estaciones y provoquemos escuchar a Vivaldi, considerar también este poemario que pretende, como la poesía, que nos sintamos más a tono con nosotros mismos.

Manuel Luján

Introducción

El haiku es un poema de origen japonés cuya principal característica es que busca reflejar un momento especial que puede provocar, al poeta y al lector, fuertes sensaciones y emociones, a este sentimiento se le conoce como *aware*. Tal vez esta brevedad del momento explique la extensión del poema.

Entre otras características el haiku tiene una métrica de 17 sílabas organizada en tres líneas de 5 - 7 - 5 sílabas; está asociada a la naturaleza incluyendo las actividades de la vida, en especial las cuatro estaciones y el año nuevo, que en Japón es considerada una estación, la palabra que asocia el haiku con una estación se le conoce como *kigo*, es más intuitivo que racional. Sin embargo, existen haikus sin tener una o más de las características señaladas, pero la que no puede dejarse de lado es el *aware*.

UNICORNIO se ha escrito respetando estas características en la medida que no afecten el *aware* y está organizada en cinco secciones, cuatro de las estaciones y uno inspirado en la noche. La novedad que trae UNICORNIO es la unión del poema con la imagen que como el haiku busca el espíritu del *aware*. En algunos casos el haiku precedió a la imagen o viceversa, pero en muchos de ellos nacieron juntos.

Quiero agradecer a mi padre, Benito Portocarrero Luque, que con su biblioteca me acercó a la filosofía oriental y a mi gran amigo Manuel Lujan, con quién hemos compartido muchas lecturas de I Ching y largas tertulias sobre el taoísmo y el zen.

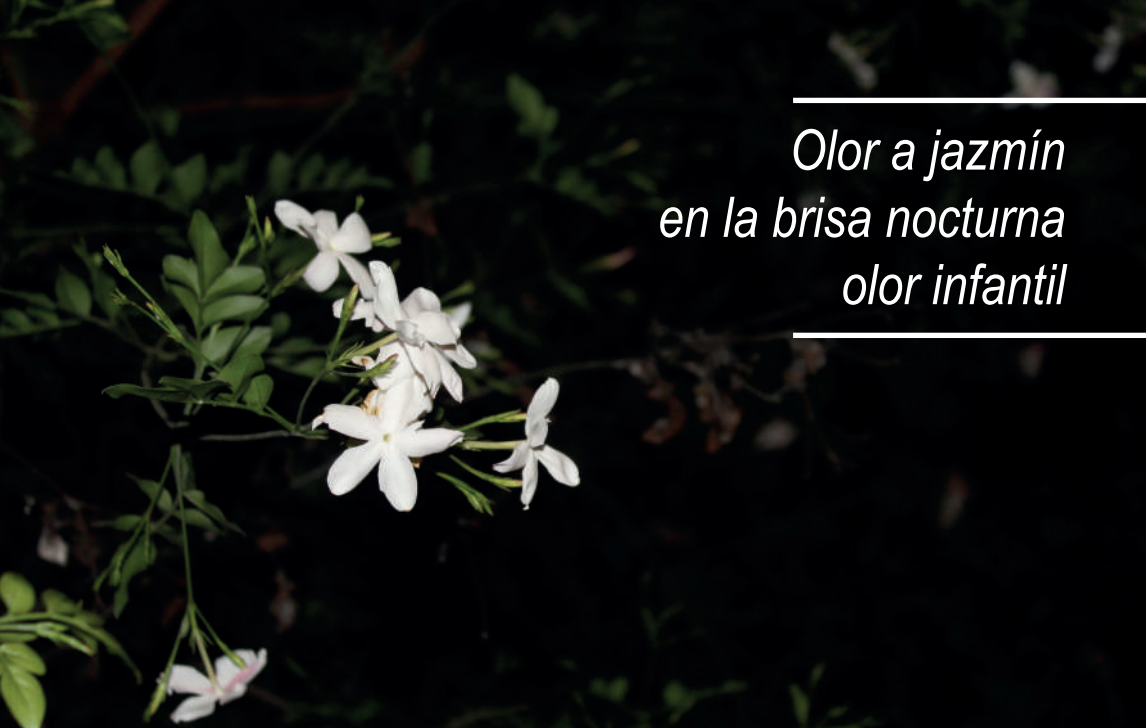


*Revolotea,
la primavera llegó
al petirrojo*



*¡Abrakadabra!
abres tus ojos, ¡miras!
brota la vida.*



A close-up photograph of several white, five-petaled flowers with yellow centers, likely jasmine, set against a dark, blurred background of green foliage. The lighting is soft, highlighting the delicate texture of the petals.

*Olor a jazmín
en la brisa nocturna
olor infantil*

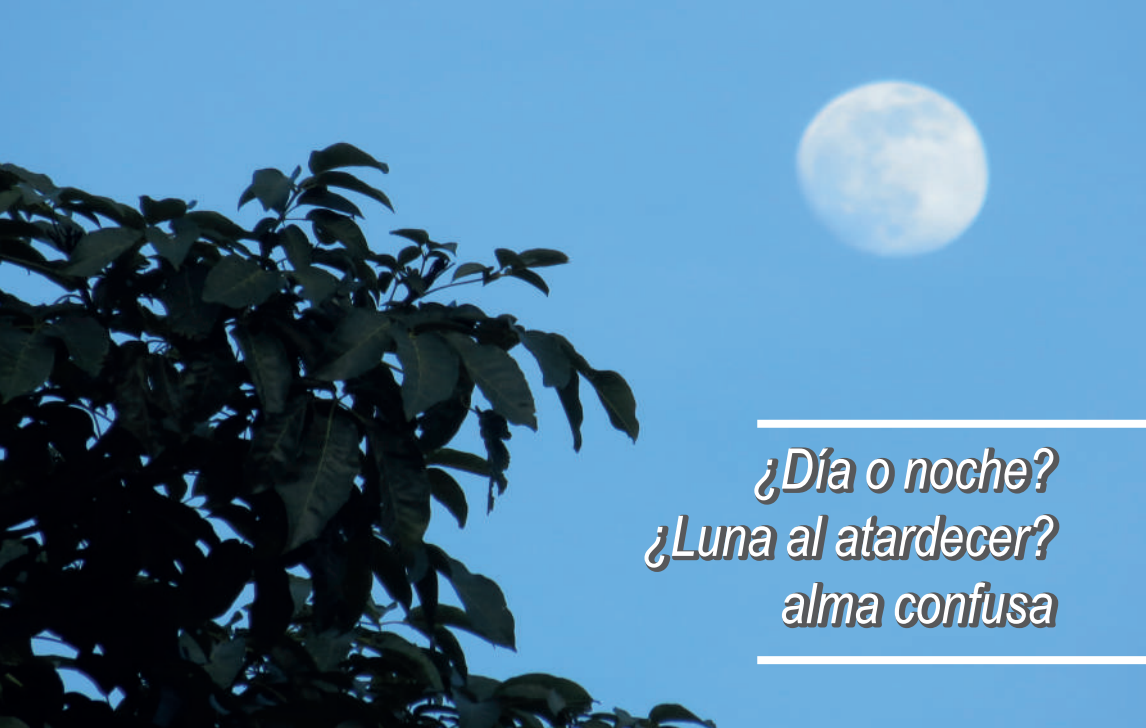




*El sol al alba
las mariposas bailan
¡Vacaciones!*


*Rojo y azul
juntos al atardecer,
sol de estío*





*¿Día o noche?
¿Luna al atardecer?
alma confusa*





*Hoy me miraste,
en tus ojos pude ver
el otoño llegar*



*Hoy te escuché
y el pajarillo
cantó en tu voz*



*Salta y salta
buscando el verano
que ayer se fue*



***El viento frío
en los cerros del ande
toca la quena***



*Ola y peña
encuentro en la playa
amor y pasión*





*Tarde invernal
un farol ilumina
penas andando*

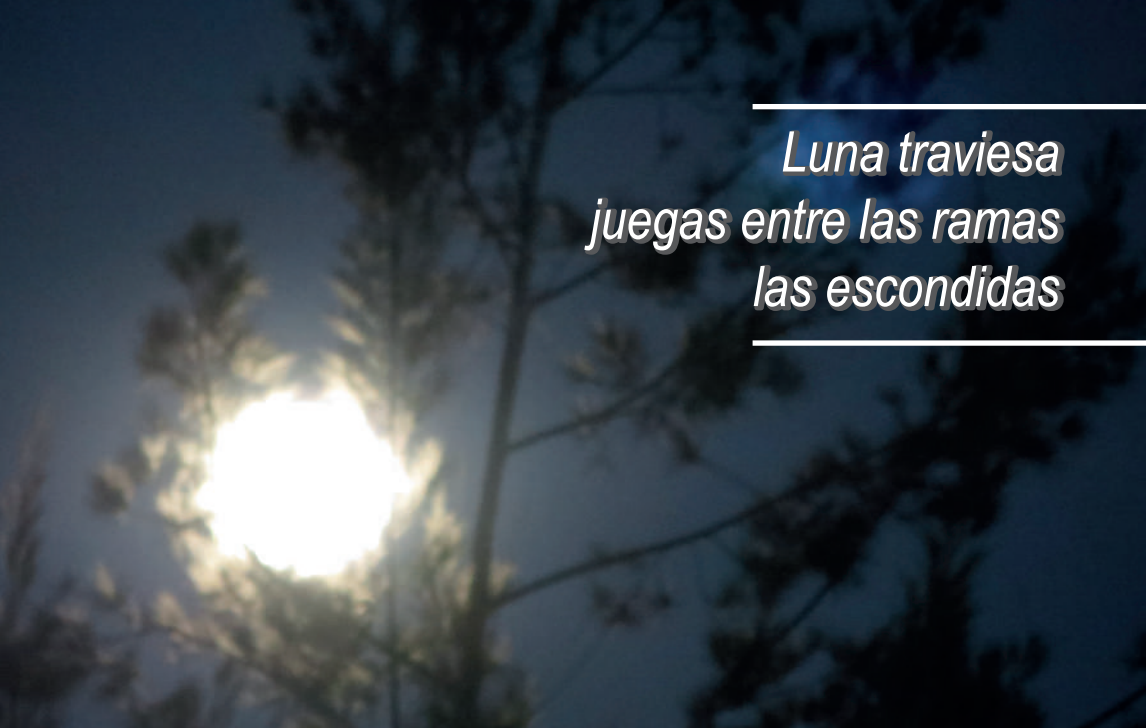


***Mar y cielo
se tocan con ternura
al anochecer***





*Triste la noche
el mar no la arrulla
luna sin brillo*



*Luna traviesa
juegas entre las ramas
las escondidas*

Poemario Unicornio

Autor - Editor

© Augusto Portocarrero Grados

Av. Los Patriotas 526. Urb. Maranga. San Miguel

Lima - Perú

De esta edición:

Cuidado de edición: Gabriel Francisco Portocarrero Vilchez

Diseño y diagramación Alexander Martínez

Primera edición digital, abril de 2026

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N°: 03443-2026

ISBN: 978-612-03-2323-6

Impreso en Lima – Perú

Disponible en: <https://retamahaiku.com/biblioteca>

En alianza con:



RETAMA
ESCUELA DE HAIKU